

SINGER, PETER: *Una izquierda darwiniana: política, evolución y cooperación*. Barcelona, Crítica, 2000, 100 págs.

La editorial Crítica está traduciendo una colección de libros breves titulada Darwinismo Hoy, cuya edición original promueve la London School of Economics. A través de ellos el lector no especializado puede acceder a esa fascinante parcela del pensamiento actual que es el evolucionismo, en el que se combinan observaciones científicas rigurosas, teorías fundadas y especulaciones audaces. No hay que decir que varios libros de esta colección presenta un gran interés para los historiadores. Es el caso del que ahora comentamos, en el que Peter Singer, profesor de bioética en la Universidad de Princeton, ya conocido entre nosotros por su obra *Ética para vivir mejor* (Ariel 1995), explora la historia del desencuentro entre pensamiento de izquierda y evolucionismo darwinista, al tiempo que aboga por su superación.

Singer atribuye al concepto de izquierda un fundamento ético, el propósito de apoyar al débil y aliviar el sufrimiento, una caracterización que no puede sorprender a quienes admitan que el denominador común de las culturas políticas de la izquierda es una ética laica basada en el principio de solidaridad. Pero, en opinión de Singer, el pensamiento de izquierda se ha visto lastrado por la asunción de una concepción falsa de la naturaleza humana, que tiene su formulación más clara en la conocida sexta tesis sobre Feuerbach del joven Marx: «la esencia del hombre consiste en el conjunto de las relaciones sociales». El corolario de esa tesis es que bastaría cambiar la estructura social para cambiar la naturaleza humana, algo que durante casi un siglo pretendieron hacer diversos regímenes comunistas, con el resultado desastroso que todos conocemos. Ciertamente no parece que setenta años de régimen comunista hayan hecho más solidarios a los rusos.

Ahora bien, una de las tesis fundamentales del darwinismo actual es que sí existe una naturaleza humana (no sólo en el sentido fisiológico, sino también en el psicológico), moldeada durante milenios por la selección natural y transmitida por la herencia genética, aunque por supuesto muy plástica y sensible por tanto al entorno cultural en que cada individuo se forma. El problema es que la asunción de esta tesis pone en cuestión el sueño de la perfectibilidad humana, presente en el pensamiento occidental desde que Platón lo expusiera en *La República* y que la izquierda hizo suyo. De ahí que Engels, que era un admirador de Darwin, trazara una distinción nítida entre las leyes del desarrollo de la naturaleza orgánica, cuyo descubrimiento atribuía al biólogo inglés, y las leyes del desarrollo humano, que habría descubierto Marx.

Al desdén de la izquierda hacia las implicaciones de la gran teoría de Darwin contribuyó también el hecho de que sus primeras aplicaciones en el terreno de la sociología, es decir el llamado darwinismo social de finales del siglo XIX, se orientaran en un sentido decididamente antisolidario. Muy pocos autores, entre los que destaca el anarquista ruso Piotr Kropotkin, comprendieron que la cooperación entre individuos ha sido un factor clave en la selección natural, como recientemente están poniendo de manifiesto los estudios sobre el «altruismo» animal. La imagen dominante fue la de la feroz lucha por la vida, que se prestaba a reforzar todo tipo de planteamientos racistas, imperialistas y belicistas.

En opinión de Singer el darwinismo social de hace un siglo cometió dos errores gravísimos. El primero fue el de creer que políticas sociales que ayudaran a la supervivencia de los menos aptos tendrían deletéreas consecuencias genéticas, algo que no tiene el más mínimo sentido a la luz de los conocimientos biológicos actuales. Y el segundo, de índole más conceptual, fue el de pretender deducir principios morales de observaciones factuales, por ejemplo que, puesto que la violencia está muy extendida en la naturaleza, la guerra es moralmente aceptable. Algo que por supuesto rechazan los darwinistas de hoy porque, en palabras del famoso sociobiólogo Edward O. Wilson, no se pueden deducir premisas éticas de la naturaleza biológica del hombre. Como advirtió hace dos siglos y medio el filósofo británico David Hume, es lógicamente inconsistente deducir valores de los hechos. Admitamos, por ejemplo, que el ser humano tiene una tendencia innata al egoísmo, ¿es eso un argumento para potenciarla, o más bien para controlarla mediante una educación solidaria?

Pero si esto es así, ¿en qué podrá ayudar la teoría darwinista a elaborar políticas de izquierda, de derecha o de centro? La respuesta de Singer es que la comprensión de la naturaleza humana a la luz de la teoría evolucionista contribuye a identificar los instrumentos más adecuados, con sus costes y beneficios, para alcanzar los objetivos propuestos. Ignorarla, en cambio, supone arriesgarse al desastre, como en el caso de aquellas revoluciones que pretendieron ser igualitarias y terminaron generando nuevas jerarquías, tan despóticas o más que las anteriores.

La gran cuestión es qué es lo fijo y qué es lo variable en la especie humana y lo cierto es que muy poco se puede decir con seguridad sobre ella. Singer apunta la extrema variabilidad que se da en las estructuras económicas, las prácticas religiosas y las formas de gobierno; la menor variabilidad en temas como las relaciones sociales o las tendencias a la iden-

tificación étnica y la xenofobia; y la relativa universalidad de las tendencias a la sociabilidad, la jerarquización social y la diferenciación de los roles sexuales. Y en último término la existencia de dos tendencias básicas universales, a la competencia por un lado y al altruismo recíproco por otro.

JUAN AVILÉS FARRÉ